LADISLAO GRYCH

A CONSTRUIR MI PUEBLO (22)

A luchar por una nueva esperanza.

Son las reflexiones que nacen en una comunidad; son como soñar en medio del tiempo que espera un cambio; pero, ¿por dónde, y cuándo? Creo que los sueños ya pueden llevar algo de lo que el Señor proyecta; entonces, ¿qué camino tomaría la Comunidad de mis sueños, que aún desearían apoyarse en el Señor?

PREFACIO

He pensado en la Comunidad de Capilla del Sauce, que sufre los cambios en este tiempo; y también, me queda la imagen de las Liturgias que celebro aquí, si no me surgen otros compromisos.
Es que no viene mucha gente, sino más bien, la gente mayor; con frecuencia, la Comunidad se despide de los que se van, porque la vejez y la muerte la desgastan mucho; ¿qué pasará entonces con ella, hallará la gracia para poder renovarse, y que fuese un fermento frente a su pueblo?

Sigo creyendo en esta Comunidad; por eso mismo, dedico mi predicación en esos días de la Novena, antes de la Fiesta de la Virgen del Carmen; espero que sean días de una nueva luz, de una nueva esperanza; de veras, es esperar al Señor, y que Él renueve al espíritu de la Comunidad, y que Ella luche por su lugar en medio del pueblo.

Capilla del Sauce, 7 de julio de 1994.

1. VAYAN A LAS OVEJAS PERDIDAS DEL PUEBLO. (Mt 10,7-15)

a. LLEVEN LA NOTICIA

Me alegra que ustedes hayan hecho esta preparación, pues al visitar a los hogares con la Imagen de la Virgen, es como la visita de María a sus parientes, cuando lleva la Noticia más grande en el mundo.
¿Ustedes llevaron la Noticia de Jesús?
Es la que deben sentir los hogares; no sé si la esperan, pero sí la necesitan; ocurre que muchos no saben lo que precisan y por eso, ustedes les ayudan humildemente.
El Señor bendice este tiempo.

María, no bien entró en la casa de Zacarías e Isabel, quedó reconocida por la gracia del Señor; fue a compartir la Noticia y a alegrarse en medio de la familia; Ella ya no necesitaba hablar de lo que había ocurrido, porque el Espíritu adelantó su paso.
Isabel reconoció lo que había pasado en la vida de María, por el saludo que fue distinto, del Señor; con el saludo de María que lleva a Jesús, llegamos a los hogares del pueblo.

A cada hogar, ustedes han llevado el anuncio de que Jesús está por quedarse con la familia, porque lo necesita; si hay otras realidades importantes, frente a cualquier necesidad que sufre el hogar, Jesús es la primera urgencia; si lo encuentran, Él los lleva a la felicidad y la fiesta.

¿Cuántas familias van perdiendo la alegría y casi se olvidan de que ella existe?; ¿cuántos hogares perdidos tristemente, casi sin esperanza?; quien no lo ve, es porque no quiere ver; quien no lo sufre, es un insensible; pues es la vida que nos rodea, donde hay pobreza, dolor y mucha tristeza.

A esos hogares vamos entrando con la Imagen de la Virgen, recordando aquel gran tiempo de su visita; fue aquella visita que abría una gran esperanza; y María llevaba a Jesús.
Nosotros, al llevar la Imagen, estamos con Jesús en nuestros corazones; es este Jesús a quien espera el pueblo,

Al llevar a Jesús, entramos de modo diferente, pues no es lo mismo ir solo o con Jesús; ¿quién no lo sabe?
Con sólo presentir que Él está en nuestra vida, golpeamos las puertas con otro ánimo y, a veces, las puertas se abren solas; nos sorprenden las caras del otro lado, esperando la entrada, porque Jesús obra; María abre el camino para Él, y la gente lo reconoce en nuestros corazones.

Es el camino de la gracia; si vamos de casa en casa, llevamos paz y luz, al mismo Jesús presente en las vidas.
Las puertas se abren, se van abriendo los corazones y Jesús entra; entonces, alabamos al Señor y los corazones se ponen a cantar al Señor de los hogares; ¡qué bueno es hacerlo!

Muchas veces, intenté llegar a los hermanos, traté de volver a ellos, pero no hallaba respuestas; entonces, me desanimaba y me quedaba sin ir a verlos.
Hoy, me propongo otra vez, pues no puedo abandonarlos; ya presiento la urgencia, debo llegar a mis hermanos; es la hora.
En un pueblo que parece cristiano, aún urge la hora de llevar a Jesús; y parece como si Él entrase por primera vez.

Si los hermanos no me aceptan, es porque no es la hora o mi vida no es suficientemente transparente, y no enseña a Jesús con la claridad que necesitan ellos.
Aún, hay otro tiempo para mí y para ellos; y es cierto que Jesús me llama para que lo lleve a mis hermanos.
¿Qué pasará si no se los llevo?; no quisiese ver la respuesta ante esta pregunta, pues, ¡qué triste sería no llevarlos a Jesús,

si el mismo me lo pide!

b. ¿QUÉ AMBIENTE TENÍA JESÚS?

Aparentemente, el primer ambiente de la misión de Jesús fue su pueblo; y Jesús no habla tanto de un pueblo perdido, sino más bien, de las ovejas perdidas del mismo rebaño.
Hoy podríamos hablar mucho de los cristianos perdidos; y si se identifican como cristianos, parece que están lejos de lo que solemos considerar como un modo de la vida cristiana; y más lejos aún, de lo que presentimos como una vida según el Evangelio; en fin, al hablar del Evangelio, presentimos los principios trazados por el mismo Jesús.

Los pueblos padecen sus decadencias, y pasa lo mismo con los cristianos; es que ya no son como aquellos que cumplen respetuosamente, que están a las puertas de las iglesias y aún respetan los preceptos.
Estamos en un retroceso; a la vez, hay una inquietud sincera, nace una búsqueda impaciente; nos encontramos con los que se retiran, pero aún siguen buscando por sus caminos, siguen insistiendo.

Cuando hay decadencias de los valores en las creencias, a la vez, nace la inquietud por lo espiritual; es que la gente sigue buscando más aún, casi instintivamente.
La vida es así; pues si se complica, se confunde aún más, y la parte espiritual se queda como perdida; pero la búsqueda de lo que sería la verdad, renace aún en medio de las cenizas y de la desesperación.

¿Qué ambiente tuvo Jesús?
¿Quiénes fueron aquellos que iban a escucharlo?
Quizás, no respondían fielmente al Templo ni a la Ley; por ese motivo, los sacerdotes y fariseos podrían cuestionarlos;

sin embargo, la gente escucha a Jesús y le responde.
Aún me pregunto: ¿acaso no es lo que nos puede pasar?; y lo quiero expresar con mucho respeto, tratando de entender el tiempo de la Iglesia; pues, Jesús quiere llegar a los hermanos perdidos y nosotros, los cristianos, en medio de la Iglesia, debemos hallar la luz del Señor para llegar a los hermanos; es que ellos nos esperan.

Siempre me impresiona la gente muy pobre que busca pan, con sus manos congeladas, en medio de los basureros, antes de que los de la limpieza retiren las cosas que no sirven para los demás; de este modo, se alimentan muchos pobres y las familias enteras, superando la vergüenza y la humillación.
Mientras hago esta reflexión, me sigo preguntando: ¿en qué ambiente se movía Jesús?; ¿qué gente lo rodeaba?; y no creo que Él intentase quitarla a los sacerdotes ni a los fariseos, no necesitaba hacerlo; pero hubo gente desatendida, perdida y tirada, que venía a Jesús; pues, hallaban en Él, la gran obra del Señor.

Si es cierto que la vida de Jesús, en algún sentido, resurge de su pueblo, de su creencia y el Templo, es porque Él nace en la religión del pueblo; a la vez, es Él que inicia un nuevo Pueblo del Señor; no obstante, en medio de su pueblo y casi en medio del Templo.
Jesús no va a poner una barrera entre el Templo y un nuevo Pueblo que está por nacer; y en algún sentido, su Obra será como un rebrote del viejo tronco que está por caerse; aún, en buena hora, renace un nuevo rebrote.

Me hago esta reflexión, mientras pienso en otros tiempos y, a la vez, en los nuestros, al ver lo que nos ocurre, adónde nos puede llevar una realidad conflictiva; ante la decadencia de las instituciones, ante la gente que camina como ovejas perdidas en el mundo de confusiones.

Si la gente se prende por cualquier lado, atenta por lo nuevo que le llega, a la vez, el pueblo disperso aún espera algo que verdaderamente lo lleve por un buen camino; y lo quiere ver en la Iglesia donde podría encontrar la Palabra del Señor, y la seguridad; pues, Él lo quiere así.

¡Cómo me gusta mirar los nuevos rebrotes desde los árboles caídos que no se sostienen!; aún recuerdo un viejo ombú; se le cayeron las ramas, quedó sin el tronco, sólo con sus raíces; no obstante, la vida se abre igual; y cuando nacen los nuevos rebrotes, no sé si el viejo tronco podrá sostener toda la vida; parece que por un tiempo sí; pero algún día, aún aparece un fuerte rebrote que sustituye al viejo árbol.

2. NO SERÁN USTEDES LOS QUE HABLARÁN.
(Mt 10,16-23)

a. ÉL NOS HA ENVIADO

Mientras ustedes recorren casa por casa, con la Imagen de la Virgen, ¿se les ocurre pensar que Jesús les ha enviado?
Pues sería bueno presentirlo; hasta la misión sería distinta, no sería nuestra, sino del mismo Jesús.
Es que su misión es la de siempre, porque Él envía.
¿A quién sigue enviando?; ¿no nos ha dicho a que lleguemos a los hermanos?

Al tener claro que Jesús nos envía para ver a los hermanos, cambia todo; entramos en las casas con un espíritu distinto, y otro aire nos rodea; es que lo sentimos nosotros, lo viven los hermanos; hasta el cansancio tiene otro nombre, y casi no lo hay; y si nos rechazan, sabemos aceptarlo con otro espíritu, quizás tristes, pero no es por nosotros, sino por Jesús y sus hermanos.

No me parece que los enviados del relato en el Evangelio, estaban suficientemente preparados para enfrentar el mundo y a los hermanos; pero Jesús, desde el primer instante, los enviaba y ellos iban en su Nombre que aún resonaba en los caminos; de ese modo, Él llegaba antes de que llegasen ellos; así es la misión, también aquí.

Hay que tener fe para ver que Jesús nos ha enviado hacia los hermanos; aún, hay que ir fortaleciéndola.
En fin, debemos decirles claramente quién nos envía.
¿Y nos creerían?; si aún no estamos convencidos, ¿quién nos podría creer?; pero es cierto que algún día debemos decírselo a los hermanos, por más que no estuviésemos convencidos; y supongo que nos vamos a sorprender, pues ellos nos creen y

aún nos van a ayudar a creer que Jesús nos había enviado.

Con tan sólo decirles que Jesús nos envía, quiero cumplir con mi deber ante Él; si me compromete a que lo diga, me da su gracia para que mis hermanos lo crean; si no lo creen hoy, algún día, lo creerán; así la misión se asegura en el pueblo, y ante los hermanos que esperan a Jesús.

Y quiero ir anunciando a los hermanos que Jesús, del primer instante, nos envía y que nadie está exento del compromiso. Quien se ve enviado por Él, podría ir comprometiendo a los hermanos, para que vayan a otros hermanos; en el camino, viene la fuerza del Señor, sigue creciendo la ola de la Gracia.

¡Qué grande es la Palabra!; ¡qué fuerte es!
Jesús la pronunció hace dos mil años, y como llega a nuestro tiempo, es más fuerte aún por la obra del Espíritu.
La Palabra no se apaga y el Viento sigue llevándola.
No hay quien podría apagarla, por más que se juntasen todas las fuerzas contrarias al Señor.
Hoy, quisiese sentir la Palabra de Jesús, quien nos envía.
Si la presiento en mi corazón, que Él me permita decirla con fuerza, que la escuchen los cristianos de nuestro tiempo.

Entonces cada día, debemos salir; no importa el tiempo ni las circunstancias; si los hermanos no responden a Jesús, algún día lo hacen; y la respuesta que tarda, suele ser más grande aún.
Cada día, salimos en el Nombre de Jesús, quien nos envía.

b. EN EL NOMBRE DE JESÚS

Del momento en que tomamos la noción de ser enviados de Jesús, empieza a cambiar la vida en todas sus expresiones, y se acomoda para actuar en su Nombre.

Pero, ¿qué tiempo nos lleva este cambio tan importante?

El Nombre de Jesús tiene la fuerza de la Vida.
Al pronunciarlo, aún repercute en los que lo escuchan; pero antes, nos conmueve en nuestros corazones.
¿Cómo llega el Nombre de Jesús a nuestro interior?
¿Acaso percibimos algún cambio, con su llegada?
Si de veras, somos sensibles, al escucharlo, sentimos un gran movimiento interior cada vez más fuerte.

La palabra de por sí, no debe estar separada de la vida ni del espíritu, más aún, la que contiene la plena Vida.
Hay ciertas palabras que están sembradas en nuestro corazón y generan una gran fuerza; y si aún se alimentan en el Señor, llevan la vida hasta donde pueden alcanzar las mismas.
Pero no hay una palabra más grande ni más fuerte entre los humanos, que la Palabra Jesús.

Pronuncio el Nombre de Jesús, y Él sigue sembrándose.
Entonces, aún sigo pronunciando su Nombre, y Él es como si comenzase a brotar, abriendo su Vida en mí.
¿Hasta qué punto podría renacer su Vida en mi corazón, al pronunciar su Nombre?; no lo sé, pero estoy seguro de que logre ser muy grande.

Jesús sigue venciendo mi vida, mi pobreza y mi tierra.
Va transformando a todo mi ser, en medio de un camino que comprendo muy poco, aún en medio de mi confusión y mi desorden; es lo que puedo ver, presentir, y Él me permite ver y sentir cada vez más.
Mi vida resurge de Jesús, en mi corazón encontrado.

Ya muy temprano, Jesús sembró su Nombre en mi corazón.
Esperaba la hora, para iniciar su crecimiento en medio de mi vida, mientras que el tiempo pasaba.

Si reflexiono sobre Él; no sé hablar de este acontecimiento de tanta importancia, pero aún sé que la Obra de Jesús es un Misterio y su Nombre, pleno de Vida; siempre atento para crecer.

Anuncio el Nombre de Jesús; presiento como si su Presencia recorriese en mi ser; si hay barreras, realidades que frenan su paso, Él me las hace ver; y voy recorriendo mi vida que es sólo de Él; en este camino sigo cada día; se lo digo a Jesús.

Deseo pronunciar el Nombre de Jesús, para poder sembrar su Presencia en todas las vidas, en los que pueden escucharlo. El mundo ni siquiera se imagina la gran obra que surge cada día, con anunciar a Jesús.
Si Él de veras, vive en mi corazón, su Nombre llega a mis hermanos con la Vida más grande aún.

3. LO QUE YO LES DIGO EN LA OSCURIDAD, REPITAN EN PLENO DIA. (Mt 10,24-33)

a. SEMBRANDO EN MI OSCURIDAD

En la oscuridad de mi corazón, sigue sembrando Jesús.
Y cada día entra en mi vida; pues sin Él, ¿adónde llegaría yo, un pobre en un mundo oscuro?
No lo sé decir ni me atrevo a contestarme.

Porque vivir sin Jesús es tan triste; no encuentras un sitio con luz ni con alegría.
Él es el Señor cercano a mí; no obstante, por estar separado de Él, parezco un hielo que se resiste frente al calor.
Tu luz es fuerte, Señor, y mi vida tan fría.

Me acuerdo de un hombre casi congelado; el frío lo penetró por dentro; aún se salvó, recuperó poco a poco el calor, para volver a vivir; su vida desgastada por el frío, casi no supo asumir el calor y por un tiempo seguía rebelándose, en ese paso de los cambios que necesitaba sufrir, hasta que llegase a recuperarse.

Este Jesús tan grande, sigue entrando en mí, en la medida en que mi vida lo puede ir asumiendo; y Él halla su modo para entrar, pues la vida tiene su ritmo, y los cambios llevan su ritmo real, cuando Él enfrenta mi oscuridad, como la semilla en medio de una tierra fría, oscura.
¿Tardará mucho tiempo, hasta que la transforme en una tierra que podría asumir la vida de Jesús, en paz, en felicidad?

Ya sé, mi Señor, que estás en mi tierra; lo tengo claro.
Si lo presiento, aún no sé, si te he abierto mi vida, para que puedas crecer, ni sé si mi tierra se ha puesto al servicio de tu Presencia.

Tu deseo es proyectar en mí, un crecimiento que viene del Señor; no hay otro más grande que el tuyo, mi Jesús.

Si con tu Presencia, Señor, me vas llevando por tu camino, y tu Presencia va transformando mi vida que es tuya, aún son grandes los espacios por dónde veo la oscuridad y la dureza, el miedo y las culpas; son esas tierras confundidas en medio de un mundo ajeno a tus principios.
Aún, no sé cómo entregarte mi tierra; si te digo que sí, me quedo con ella, yo tan débil e insensato.

Es lo que vivo; veo tu luz, Jesús, siento tu calor y más aún, mi oscuridad y mis durezas.
Con el tiempo, parece que el enfrentamiento entre tu luz y mis oscuridades podría ser más fuerte aún.
En algún momento, debo entregarte toda mi oscuridad, mis culpas; pues, si sé hacerlo, tú empezarías como nunca en mi vida; la misma estaría vencida por ti, dominada para el bien; es lo que podría esperar algún día, de ti, Jesús.

Me invitas para que vea tu obra en mi corazón.
Aún, me inquietas por lo que podría ser mi vida, que te había encomendado tu Padre; es Él que te ha enviado para que me salves y parece que, en parte, lo vas logrando.
Me haces volver a mi corazón, a mi realidad, mientras te veo presente en mi interior.
Entonces, seguiré tus pasos en medio de mi vida.

b. AL ABRIRSE EN LA PROFUNDIDAD

Me acuerdo que antes, cuando leía las palabras de Jesús, que invitaban a revelar lo escondido y lo dicho en la oscuridad, aún me asustaba; y me preguntaba: ¿qué es lo que habría que hacer?; ¿acaso, habría que revelar lo que el hombre esconde, lo que le quita paz y le causa vergüenza?; ¿es lo que quiere

Jesús o hay otras cosas que decir?
Sin embargo, el cuestionamiento y la reflexión aún me sirven para poder buscar más bien, lo que Jesús proyecta de veras.

Jesús siembra su Palabra en la oscuridad, en medio de una tierra fría; luego nos despertamos, cuando la Semilla brota y crece, y casi nos olvidamos de la tierra, pues estamos atentos por la Vida, mientras que la tierra se queda como por detrás, casi perdida.
La nueva Vida va cubriendo la tierra, haciéndole sombra cada vez más densa; pero la Vida es más grande aún.

¡Cuántas dificultades vence la Palabra de Jesús en medio de la oscuridad?; pues si las vence, la Vida se hace más grande aún; luego de un largo camino de enfrentamientos, en medio de la hostilidad, el frío y la indiferencia, va creciendo en el camino que debemos recorrer, mientras que Jesús obra de un modo cada vez más pleno; y su obra vale mucho en medio de un mundo oscuro.

Es la vivencia de la obra de Jesús que nos toca vivir, la que lleva su tiempo, en el camino más allá de nuestros proyectos; y cuando la Semilla está hundida, si supera el paso a la luz, la vida está asegurada más aún; es que ya nace con su raíz arraigada, esta vez, de Jesús en nosotros, tan comprometido en nuestra vida.

El crecimiento y la transformación promovidos por Jesús, se hacen visibles para nosotros y para los hermanos; entonces, empezamos a hablar de su Obra, y no es una palabra vacía ni sin fundamentos, sino más bien, es fuerte; es de Jesús.
Su Palabra que entró en nosotros, se abrió a la Vida; y hoy, se confirma con nuestro testimonio.

Muchos de los hermanos presienten nuestro testimonio de la

Obra de Jesús; nos miran y contemplan a Jesús en nuestra vida; de este modo, caminan en medio de sus dudas y de sus seguridades hasta que algún día, escuchan lo que ya esperan desde hace tiempo; es porque nos llega la hora de anunciar la Obra de Jesús, y que nos escuchen con atención y respeto.

Es este Jesús que se va abriendo para los hermanos, y parece que ellos van presintiendo su Obra; si no la tienen clara, es porque la misma llevará su tiempo; de todos modos, ya están atentos por lo que Él puede hacer en sus vidas.
Ellos viven un nuevo tiempo del Señor, que va preparando la entrada de Jesús; y Él es, quien nos dirá cuándo sería.

Así, el Señor nos pone en la tarea de la siembra, en medio de la oscuridad y las vidas que necesitan de Jesús; esta vez sin vacilar, queremos seguir en el camino de la gracia.
Nuestra vida sigue recuperando su verdadero sentido, se hace útil y servicial para Jesús; y el tiempo es sólo del Señor.

4. Y LES ORDENO QUE NO LLEVARAN PARA EL CAMINO MAS QUE UN BASTÓN. (Mc 6,7-13)

a. AL MOSTRAR EL CORAZÓN

El hombre puede confundirse, y ver sólo lo que tenemos en las manos, sin poder llegar al interior ni ver la relación entre las manos y un corazón escondido.
Si es cierto que lo exterior nos atrapa, hay cosas que pueden impedirnos sentir el verdadero movimiento del corazón.
El Señor no quiere que lo confundamos con ninguna cosa del mundo.

Un niño recibía regalos, y se le hacían grandes, porque se los enviaba su padre que lo había abandonado.
Su madre le cuidaba día y noche y aún, le exigía y levantaba la voz para que la escuchase; ella siempre presente y el padre, de vez en cuando envía un regalo.
El niño vive mucha confusión, hasta que descubra la verdad.

En una villa miseria la gente recibe cosas, muy pocas y no con tanta frecuencia; no obstante, son suficientes ante ciertas decisiones que habría que tomar.
No sé si las manos que las entregan, están llenas del corazón; ni sé si lo hacen como tareas de caridad o hay otros intereses; tampoco sé si las entregas sirven para crecer en la fraternidad de los hombres.
¡Cuánta confusión en cada actitud del hombre que tiene sus intereses, que saltan a los ojos y lo ven hasta los ciegos!

Es cierto que vivimos en el mundo; muchas de las actitudes tienen que ver con la realidad, aún inconscientemente; por eso, debemos estar atentos por lo que hacemos cada día, y la actitud no puede nacer del mundo, sino que viene del Señor.

Qué grande sería la vida, si lo que vivimos a cada instante, naciese de Jesús, Quien actúa en nosotros.

Nuestra vida está llena de servicios marcados de intereses, de confusiones; hay cosas aprendidas y sentidas hondamente, y no son del Señor; entonces, ¡cuánta tarea para Jesús, para que la vida comience a renacer en lo que es verdadero y puro, en lo que viene del Señor!
Cada día nos expresamos con actitudes ante los hermanos, que no tienen mucho que ver con el servicio de Jesús; a la vez, Él puede sanarnos, al purificar y aún despertar nuestro corazón.

En esa actitud de ir purificando y despertando el corazón, está Jesús en nuestra vida.
El corazón puro aún se abre para los hermanos, cada vez más hondo, por su necesidad; en algún momento, el otro corazón no se detiene sólo en un trozo de pan, sino que se encamina hacia el Señor.
Si Jesús está en la vida, se hallan los corazones promovidos por su presencia; y todo desde Él en nuestra vida, quien está por despertarse en la vida del hermano.

En algún momento, desde la Presencia de Jesús, actuamos en la vida de los hermanos; justamente a ellos, Jesús nos envía en la hora de su Presencia; y si se proyecta grande en nuestra vida, se permite compartir con los hermanos cada vez más; es la misión para aquellos que lo habían encontrado y ahora, lo llevan por todas partes, en todo el tiempo de su vida que se hace generosa por Jesús, entregado por los hermanos.

En este clima, se vive la expresión de Jesús: *"tuve hambre, tuve sed, estuve desnudo, preso"*; no es tan sólo una actitud solidaria con el hermano que necesita de una ayuda fraterna, sino más bien, es la Presencia de Jesús que obra en las vidas,

a quien vamos entregando a los hermanos, mientras Él vive en ellos, antes de que logremos encontrarnos.
Ellos, alguna vez lo verán; pero antes, debemos ver a Jesús y su paso por nuestra vida, para llegar a los hermanos.

b. QUE NAZCA UNA NUEVA ACTITUD

Jesús aún recomienda a los discípulos que no lleven nada, cuando se encaminan hacia los hermanos; y no hay nada de exageración en sus expresiones, pero está claro para los que asumen fielmente su Mensaje, para los que lo viven en su corazón y se dejan llevar por Él hasta el fin, y aún respetan su camino en medio de sus vidas, pues este Mensaje está en plena coherencia con la enseñanza de Jesús; si no la vemos, es porque no lo hemos asumido plenamente.

Jesús habla de las actitudes que resurgen en un corazón ya transformado por la gracia del Señor; y la vida se proyecta cada vez más abierta, generosa, de hermano, que ya no pone límites tempranamente, sino comparte cada vez más.
Entonces, ¿adónde nos lleva el corazón que ha despertado Jesús?; sólo Dios lo sabrá.

Es cierto que todo lleva su tiempo; no siempre, el corazón se despierta desde el primer instante; a veces, suele sufrir en sus luchas, pasar por cuestionamientos, hasta vivir arrebatado y apurado; pero alguna vez, se calma e inicia un camino más tranquilo, y Jesús lo conduce, llevándolo lejos, cada vez más lejos; ¿adónde?

¿Por qué Jesús dice que no lleven nada, sino sólo un bastón y las sandalias?; ¿podría ser una exigencia, cierto aprendizaje, para ver adónde pueden llegar con las manos vacías?
Tenían las manos vacías, pero el corazón estaba pleno; a la vez, imponían estas manos y sanaban por la gracia del Señor,

Quien se manifestaba en la vida de aquellos enviados.
Iban con las manos vacías, pero plenas del Señor presente en sus vidas; y parece que llegaban igual y más aún.

Él los envió de ese modo, y podría ser cierto aprendizaje.
En los comienzos había que aprender, y tener un tiempo para seguir aprendiendo; y Jesús les brindaba las oportunidades.
Muchos de los que se convierten, del primer instante, quieren llegar con la Buena Noticia a los hermanos; el deber les urge, les parece que pueden ganar el mundo, y cuando se golpean, vuelven desanimados; pero de nuevo, emprenden el camino; y es normal que, del primer encuentro con Jesús, deseemos salir hacia los hermanos; nadie nos fuerza, pero necesitamos salir, porque nos sentimos urgidos en nuestro corazón.

En la medida en que crece nuestro corazón, tenemos aún más para llevar; no lo llevamos tan sólo con las manos, sino más bien, con el corazón; es lo que necesita el hombre para que su vida responda al Señor, y que sea más feliz, aún en medio de una realidad que todavía no cambia.
El corazón impregnado con el Señor logra llegar al corazón del hermano, en medio de un encuentro tan profundo como misterioso; y después de esto, ¿qué más esperar?

Nuestro corazón está tocado hondamente por Jesús, mientras Él lo moldea, dándole la Vida del Señor; y este corazón, aún antes de salir, se va desprendiendo para poder compartir con los hermanos, no sólo de lo que le sobre, sino se abre aún de su pobreza, presintiendo la necesidad del hermano.
Ya Juan el Bautista dijo que quien tenía dos túnicas, que las compartiese con el hermano que no llevaba ninguna; y Jesús se permite ver en el hermano que no tiene nada, y transforma nuestro corazón para que sufra con su hermano que es pobre; entonces, ¿no va a compartir con él, hasta de su pobreza?; seguramente que sí, y aún feliz.

Mi corazón, si fuese transformado por Jesús, me llevaría más aún, a compartir de lo que tengo, y que tampoco es mío; así seguiría abriéndose, desprendiéndose.
¿Adónde llegaría?; ya lo sé, pero no me atrevo a pensar; sin embargo, Jesús sigue promoviendo mi corazón.
Él espera y va a esperar toda mi vida, hasta que algún día, pueda partir tan sólo con el bastón y las sandalias; el cambio sería tan grande, para que mis hermanos reconozcan en mí, a un enviado de Jesús; sería un tiempo de la gran gracia.

5. NO CREAN QUE HE VENIDO A TRAER LA PAZ SOBRE LA TIERRA. (Mt 10,34-11,1)

a. LA PAZ ABRE LA GUERRA

Jesús me habla de la paz y de la guerra; es lo que puedo vivir y sentir en mi corazón, mientras Él transforma mi vida.
Si Jesús no hubiese hablado de la guerra en medio de la paz, en su gran mensaje aún hubiese faltado la comprensión que necesitamos.
Los que comprenden la vida pueden hablar de las vivencias, mientras nos llega la paz; y si la guerra es aún más compleja, la vida del Señor aparecerá más claramente.

Quizás, la paz es la que presentimos, cuando el Señor entra en la vida; es un signo preclaro de su Presencia.
Algunos identifican la paz con el Señor; aún así nos indica la Biblia en muchas partes.
Su presencia podría crecer, como la vida, pues crece la paz y el Señor; si Él entra, la vida se llena de su presencia y, en algún sentido, comienza a tomar el aire, la fuerza interior, y Él penetra a todo nuestro ser.

Comenzamos a buscar paz; aún buscamos al Señor, a veces, sin darnos cuenta de esa relación oculta; pero no hay paz sin el Señor.
¡Cómo no buscarlo y no insistir, uniendo todos los deseos de nuestro ser en medio de la única sed, entregando las fuerzas de la vida que quiere luchar por sí misma!

Mientras entra Jesús, viene el Señor; es porque Él quiso que tuviésemos a un Dios cercano de las vidas; es Quien entra en nuestro ser, y no hay otro modo para expresar profundamente al Señor, que la presencia de Jesús; si de veras, buscamos al Señor en medio de la vida, Jesús sale al encuentro y anticipa

la más profunda sed de nuestro corazón.

No obstante, entra Jesús y comienza la guerra; si llega muy hondo a la vida, la guerra viene aún más dolorosa, al sembrar la confusión que no se borra fácilmente.
Hasta nos preguntamos: ¿qué es lo que nos pasa?, porque no comprendemos nuestra confusión; ¡cuánta confianza habrá que tener, para enfrentar esta guerra en nuestro corazón!

¿Por qué tanta guerra?; pues se enfrentan las dos realidades, la que viene del Señor y la que está acomodada en medio de nosotros, desde hace tiempo; en la medida en que Jesús va entrando, la guerra puede llegar a ser tan fuerte que casi hace estallar a nuestra vida; sin embargo, es el único camino de una verdadera transformación en medio de nuestro ser.

Me gusta volver a lo que pasó con los discípulos, cuando cruzaban tímidamente el lago; en algún sentido, se trata de nuestra vida, es la imagen de lo que debemos enfrentar hasta calmarnos; no obstante, las tormentas resurgen más desde adentro que de afuera; si hay tormentas que caen de afuera, animan a las tormentas interiores, siendo un reflejo de lo que pasa en el interior; y si nos desesperamos, aún es necesario experimentarlas en el camino de los cambios que vienen de Jesús, en el corazón abierto hacia el Señor.

A veces, Jesús parece calmar las tormentas, diría por un rato, para retomar nuevas fuerzas en el enfrentamiento, antes de seguir hasta el fin, pero siempre con su presencia que suele ser como oculta en nosotros.
Él está en nuestras luchas, enfrenta la realidad, aún cuando nos parece que duerme y descuida nuestra desesperación; pues, hay que vivirla plenamente, conscientes de la presencia de Jesús, y lo que pasamos, tiene sentido en nuestra vida.
¡Cuánta fe nos dará el Señor para ese tiempo!

b. AL ENFRENTARNOS EN PAZ

Los discípulos van a anunciar a Jesús.
Él está en sus vidas, y está muy cerca de aquellos que los van a escuchar; muchos de aquellos que les responden, lo hacen por la Palabra que brota en sus corazones.
Ellos llevan a Jesús a otros corazones que lo buscan y quizás, lo esperan aún más, en sus vidas; en ese clima, entra Él de un modo como imprevisible; por eso, lo escuchan, le responden.

La Palabra de Jesús provoca reacciones; con frecuencia, no es aceptado, y si lo ignoran, es lo menos que le podría pasar. Sin embargo, es difícil quedarse indiferente ante Él; por eso, provoca reacciones esperadas; es como actuar ante aquel que molesta en un tiempo menos esperado.
La molestia podría ser mayor, si hay cierta claridad de parte de Jesús; entonces, habrá guerras y enfrentamientos.

Jesús, aún aceptado de corazón, nos lleva por el camino de los cuestionamientos, por dentro y por fuera de nosotros; las guerras exteriores son como una nueva oportunidad para que Él enfrente la realidad interior.
Todo lleva su tiempo, parece prolongarse sin fin; estamos en esa lucha, hasta que se aquiete nuestro corazón, en el Señor que toma el dominio de nosotros.

Si hablamos del dominio de Jesús, no es para esclavizarnos sino más bien, es abrir la vida para crecer; sin embargo, es un camino tortuoso, muy poco comprendido por los que deben pasarlo, siempre con Jesús en medio de la realidad; y Él es quien nos transforma.

Cuando el corazón ya está calmo, es más fácil asumir las guerras que nos llegan e intentan confundirnos en nuestro interior; los enfrentamientos aparecen, pero ya no nos van a

causar tanto dolor ni tanto daño, pues buscamos a Jesús que nos protege; hasta podríamos presentir cómo Él enfrenta los conflictos; y las guerras servirán para el crecimiento, y aún podrían ayudar a los hermanos en su propio camino.
Es que estamos aún más, en la misión de Jesús.

Los que llevan a Jesús a sus hermanos, van a ser testigos de las guerras; y si aún no las hay, es porque los hermanos aún no reconocen a Jesús, o Él aún no entra en sus vidas de modo que provocase un fuerte movimiento en su interior.
A veces, somos testigos de los enfrentamientos que sacuden en lo más profundo del espíritu tocado por Jesús; y mientras Él es más grande en la vida, solemos presentir más guerras; ¡y cuánta comprensión necesitamos para ese tiempo!

Los hermanos se confunden mucho, por las guerras que son dolorosas y no se pueden explicar demasiado; y a veces, hay que esperar y en parte, compartirlas con ellos, mientras que experimentan el tiempo de los cambios, que pueden venir del Señor; no obstante, todo es comprensible cuando ya termina; mientras tanto, hay que enfrentar los reproches que causan el dolor; pero están incluidos en el camino del crecimiento de Jesús, para los hermanos.

Mi Señor Jesús, perdóname por ser impaciente; por ser tan frágil y perdido, cuando mis hermanos viven sus guerras y tú obras en sus vidas; es que no hallo palabra ni cómo decírsela, tampoco sé acompañarles; hasta tuve ganas de retirarme, de huir, dejando tu obra en la mitad del camino; aún quise huir de los cuestionamientos, de las censuras que son crueles y me parecen tan injustas.
Mi Señor Jesús, sé que debo estar hasta el fin; es que tú me pones al lado de mis hermanos, y ya no puedo abandonarlos, mientras obras tan hondamente en sus corazones.

6. ¡POBRE DE TI, COROZAÍN! (Mt 11,20-24)

a. UN JUSTO RECLAMO

Nos parece como si el Señor fuese más generoso con algunos pueblos; por algún motivo, Jesús hizo más milagros en esos lugares privilegiados; sin embargo, quien nos da más, más espera de nosotros; ¿acaso, sabemos responder por lo que hemos recibido?; ¿somos conscientes del compromiso ante el Señor?

El Señor se abre ante su pueblo, brindándose cada vez más; y una vez el pueblo lo ve, otras veces, vive sin darse cuenta. Entonces, el Señor sigue brindándose y los hombres, ante su gratitud, suelen encerrarse más aún; pero, ¿adónde llegan, aún confundidos en medio de su realidad?

Los milagros en algún sentido atraen, por eso, van muchos para ver a Jesús; pero, ¿se quedan con Él, o es un paso que casi no tiene mucho sentido en sus vidas?
Luego quizás, se ponen lejos e insensibles ante al llamado de Jesús que, si bien les urge, ellos se quedan aún con más resistencia.

El Señor desea llegar al hombre y al pueblo; tiene sus modos para hacerlo; parecen cada vez más claros y más fuertes.
Con seguridad, el hombre y el pueblo ya tienen suficiente luz para ver la gracia del Señor; y si no le responden, ¿por qué no lo hacen?; ¿quién lo comprende?
¿Quién lo puede explicar bien frente a un pueblo que parece insensible?; hasta Jesús es como no tuviese palabra; y si habla con dureza, es el único modo para que lo escuchen.

Y si escuchan a Jesús, ¿aceptan su reclamo o se enojan más aún, y le reprochan?;porque el hombre quiere ser libre según

él, aún frente al Señor que, si le reclama, no tiene derecho de hacerlo o no sería la hora.
¿Adónde llega el hombre en su perversidad?
¿Hacia dónde lleva esta confusión?; y es el hombre que vive en nuestro tiempo.

El Señor reclama y los que quieren, pueden escucharlo; hay tantos mensajes de parte de Él, que llegan a los pueblos; sin embargo, los hombres son aún como los niños que no les dan importancia.
Los niños lo hacen por ser niños, y los hombres, ¿por qué no responden?; ¿adónde se encamina la humanidad?; y mientras el hombre y la humanidad no responden al Señor, Él sigue reclamándoles.

En este camino transitamos, al vivir la realidad tan lejos de la que el Señor espera; hay mucha inconsciencia en la conducta del hombre; por eso, él considera el reclamo del Señor como exagerado, molesto; y si alguien se atreviese a defender al Señor, es como si fuese del otro mundo, quien no comprende la realidad ni el tiempo presente.
Parece que el reclamo ya toca la profundidad; es como si el Señor hiciese todo lo posible; llega la hora para el hombre y la humanidad; pero aún deben pasar muchas cosas y luego sí, respondemos al Señor.

En algún momento, el Señor lo logra igual; es como si la vida estuviese así, para que el hombre tomase las decisiones que el Señor espera de él; mientras tanto, aún pasan muchas cosas, y no es que el Señor las buscase para el hombre.

b. ¿QUIÉNES SON LOS QUE BUSCAN A JESÚS?

¿Quiénes son aquellos que salen al encuentro con Jesús?
Seguramente, es la gente que espera el cambio, y parece que

se entienden muy poco con los fariseos y los sacerdotes del Templo; entonces, ¿quiénes son, y dónde los encontramos? Es que son muchos que desean responder ante la expectativa de lo que podría venir aún en medio de las crisis; ¿pero ellos están dispuestos a confiar en Jesús, para responderle?; ¡quién lo sabría decir!, o aún no es la hora.

Si la gente busca el cambio, aún convencida de que debería venir lo nuevo, no sé si está dispuesta a hacer el camino de Jesús; y si sabe lo que debería hacer, aún no pone el empeño de su parte; por lo propio de su ser, no se compromete ni es paciente en medio del camino donde aún no tiene tanta luz. Y si el hombre sabe que debe responder, le gusta esperar; ¿y qué es lo que espera?; si lo hace, ¿qué derecho tiene?

El hombre se cree que sabe lo que espera del Señor; pero, ¿es lo que el Señor le debe entregárselo ya?
¿Hasta qué punto viene a pedir sólo por la salud?; pero si el Señor no se la da, ¿no tendría otra realidad más importante aún?; mientras el hombre espera lo suyo, se abre para lo que sería para él, algo más urgente, o se queda enceguecido en medio de su dolor y de su desgracia; de hecho, la vida es un misterio.

Muchos pedían salud y no la recibían; y seguían viviendo en medio de su dolor y de la desesperación, del llanto y de los reproches contra un Señor injusto; así pasaban sus vidas en medio de esas luchas y de la oración; pero la salud no volvía, no la recuperaban más; no obstante, ese fue su camino para la realidad que necesitaban hallar en algún tiempo; es que la vida tiene su camino, más allá de nuestra comprensión que es limitada; y más aún, si somos impacientes en la búsqueda del Señor.

Los problemas humanos están más allá de las desgracias y

enfermedades; no se lo puede mirar tan sólo exteriormente, ni buscar soluciones que se rigen por lo que el hombre ve; pero aún, ¡a cuánta luz debemos recibir del Señor, para ver la realidad como Él quiere que la veamos!; ¡a cuánta paciencia y confianza deposita Jesús en nosotros, mientras caminamos casi a ciegas!

Jesús trata de la conversión y quiere ver el cambio que nace en la raíz de la vida, en el Señor; a ese cambio el hombre no lo alcanza ver; por eso, va caminando casi a ciegas.
Es que se trata de la reconstrucción de la vida que el Señor proyecta, por la cual Jesús viene al mundo; entonces, ¿cómo hablarnos y cómo convencernos, si aún no vivenciamos el proyecto del Señor?

El cambio que Jesús proyecta, se hace comprensible, si el Señor vive en nosotros; sin Él, ni siquiera pudiésemos iniciar el camino.
Él nos permite ver la realidad que debe transformarse en la raíz de nuestro ser, en el Señor de las vidas; nos encamina en medio de los cambios esperados, en el tiempo suyo.

Me pregunto: ¿cuánto tiempo necesito para comenzar por lo que el Señor espera de mí, aún por una verdadera conversión, al entregar mi vida en las manos de Jesús?
Pero, ¿quién comprendería el tiempo?
En algún momento, el hombre puede ver por dónde empezar, y que Jesús es insustituible para él; en fin, si se decide, Jesús lo espera, aún sin reprocharle, pues lo hace por el hombre que se despierta de veras, en un verdadero camino del Señor.

7. TE ALABO, PADRE, POR HABER OCULTADO ESTAS COSAS A LOS SABIOS Y A LOS PRUDENTES. (Mt 11,25-27)

a. ¿QUÉ ES LO QUE IMPIDE?

No sé si el Señor se oculta, o el hombre se encuentra en las circunstancias que le impiden el encuentro con Jesús; pues el Señor desea llegar al hombre, atento para ver la posibilidad de comunicarse con él.
Jesús vino al mundo para salvar a los hombres; es su misión por la cual entrega su vida.

La salvación nos viene, porque aceptamos a Jesús en medio de nosotros; el encuentro con Él y la aceptación serían muy importantes; pero, ¿el hombre ve que, si acepta a Jesús, entra en el camino de la salvación?
Si no alcanza a verlo, ¿por qué no lo alcanza?

Si Jesús es transparente y viene del Padre que, en su Hijo, llega a los hombres para salvarlos, y es una manifestación de la Bondad del Padre, ¿por qué el hombre no lo percibe ni lo ve?; ¿qué es lo que le impide ver, cuando sigue perdido en un mundo alejado del Señor?
¿Qué es lo que no nos permite ver a Jesús?
La respuesta es difícil; es que en la vida hay oscuridad que nos impide el encuentro con Jesús; y aún somos como los ciegos que hablan, y les parece que ven bien.

Jesús se presenta con ciertas propuestas: podemos aceptarlas, o rechazar lo que nos propone; y no es fácil dejarnos vencer por Él, preferimos hacer nuestro camino; y a veces, alguien aceptaría su ayuda, haciendo su camino, no el de Jesús; eso ocurre por mucho tiempo en nuestra vida y parece que, con frecuencia, ni siquiera nos damos cuenta de lo que hacemos.

No obstante, ese modo de actuar provoca conflictos cada vez más profundos; entonces, debemos decidir: abandonamos a Jesús o nuestro proyecto; y no es que Él nos rechace o nos diga que no nos desee ayudar; Él siempre está dispuesto a buscar nuestra salvación.

El camino que hacemos es para entregar a Jesús el modo de pensar y de sentir, a toda la realidad, de esta manera, la vida es disponible para que Él haga su obra; en otro caso, su obra no sería completa, jamás resuelta, casi perdida en medio de los proyectos del hombre.
Pero, ¿cuántos cristianos de nuestro tiempo, no llegan a ver la obra de Jesús en sus vidas?

¿Qué es lo que impide la aceptación y la entrega?; ¿qué es lo que nos encierra frente a Jesús?
Hay tantas cosas; ni siquiera nos damos cuenta de lo que nos encierra; pero es cierto que cada corazón va descubriendo los obstáculos que le impiden hacer el paso que cambiaría su vida en los fundamentos de su ser; y si el hombre lo presiente en lo profundo de su corazón, ¿por qué no lo hace?; pero como la respuesta está en nuestro interior, aún la podemos guardar para nosotros.

La vida nos va a presentar otras oportunidades, para que nos pongamos cara a cara frente a Jesús; y en la profundidad de nuestro corazón, se va despertar lo que nos va a decir qué es lo que debemos hacer.
Si nos queda optar una vez más, ¿por qué nos quedamos con nuestra postura, al tener claro lo que deberíamos hacer?
¿Quién lo sabrá?; y no quisiese juzgar a nadie, ni a mí mismo, en el camino de la vida.

Y el hombre, ¿aún volverá a soñar en la nueva oportunidad de encontrarse con Jesús, cara a cara?; creo que sí; si es que

el encuentro anterior deja la nostalgia y pena, con más razón, buscará a Jesús, aún culpándose por el tiempo pasado.
Si vuelve a Él y el nuevo encuentro lo conduce al cambio en la vida, nada estará perdido, sino que más bien, incluido en lo que viene, y que sería más grande aún.

b. ¿DE QUÉ MANERA IMPACTA?

¿Por qué Jesús impacta a los que se encuentran con Él?
Es porque Él ama, y los que le acompañan lo ven; quizás, no lo comprenden y menos aún, que el amor es el camino de la salvación para el hombre; supongo que no se imaginan que en ese camino deben transitar, para poder salvarse y hallarse felices de verdad.

Jesús habla de su Padre, con mucha claridad, pues lo conoce; nadie mejor que Él puede conocerlo; y si es que vino al mundo, quiso enseñar el Amor del Padre para con los hijos, revelado en su Hijo predilecto.
¿Quién lo aprenderá?; es la preocupación de Jesús, mientras camina por la tierra; y aún eleva su oración al Padre, por aquellos que han recibido su luz; lo alaba por aquellos que ya comprenden el Amor del Padre.

¡Cuánta luz se necesita, para poder llegar a ver que el Amor del Padre puede salvar la vida!; ¿y dónde encontrar a ese Jesús que lleva el Amor hacia los hombres?
El amor no se finge con muchas tareas; es el mismo latido del corazón puro; si lo es, necesita expresarse; y la actitud tiene la fuerza, si está impregnada con el Amor.

Cuando el corazón está sano, siembra el amor, y no pone los obstáculos; es generoso ante los hermanos que necesitan del amor; muchos lo reciben, sin darse cuenta; y si se confunden, es lo que necesitan pasar.

Algún día, sabrán cómo les llega la salvación; y estarán muy agradecidos por el Amor de Jesús que han encontrado en los hermanos; entonces, ya no se reprocharán sus confusiones ni guerras, pues el Amor aclara la vida en el tiempo del Señor.

¿Por qué el hombre rechaza el Amor de Jesús?
Es que no está despierto a recibirlo; su vida se había ido por un camino distante del Amor, está como un trozo de hielo que se tuerce frente al calor.
Pero debe enfrentar ese tiempo, pues si lo hace, llega a dónde el Señor la quiere llevar, siempre por su felicidad; y luego, cuando lo ve, ya todo se expresa muy grande.

A cuánta guerra debemos enfrentar frente al Amor.
Ese amor es puro y transparente, o confundido con la vida, a veces, torcida; y la corriente nos quiere llevar por el camino de los pensamientos y deseos; a todo eso hay que soportarlo en el tiempo del Señor, cuando Él sostiene nuestras fuerzas.
Si queremos lograr la grandeza que el Señor nos ofrece, aún necesitamos pasar por la lucha interior; algún día, nos damos cuenta de que el Señor ha estado con nosotros.

Señor Jesús, te suplico que transformes mi corazón, y que lo lleves por tu camino, hasta que pueda amar como tú amaste.
Es grande lo que te pido; pues aún quiero llevar tu Vida a mis hermanos; y mientras tanto, presiento tu luz.
Dame fuerza, Señor Jesús, mientras mis hermanos viven sus guerras y su dolor; dame paciencia y serenidad para enfrentar un tiempo difícil para mis hermanos.
Deseo ver el camino de la salvación para mis hermanos que, a la vez, es mío; no quiero abandonarlo, a pesar de que, por las circunstancias, se me pone muy complejo; aún, me haces crecer en medio de esta realidad, mientras creo en tu Amor.

8. APRENDAN DE MÍ, PORQUE SOY PACIENTE Y HUMILDE DE CORAZÓN. (Mt 11,28-30)

a. QUE VENGAN A MÍ

Lo dice Jesús a los afligidos y a los agobiados: *es la hora para que vengan a mí; los espero, cuando se afligen por lo que les toca vivir; de veras, les estoy esperando.*

¿Les voy a reprochar por qué no habían venido?
Les invité tantas veces, pero no me escucharon; se hicieron indiferentes, y despreciaron mi invitación.
Es que ya me acostumbré esperar a que me negasen y veo aún mas el rechazo y los desprecios.
Pero les digo una vez más, que vengan; y no es la hora para reprocharles las veces que me habían dicho que no.

¿Por qué ese hombre que se acerca aún con vergüenza, y tantas veces me había rechazado?
¿Yo buscaba el mal para él, o le parecía que fuese así?
No es que viese el mal en mi propuesta; no obstante, aún se quedaba lejos; ¿no veía la felicidad que quise ofrecerle?

Entiendo que no sabe ver el alcance de la felicidad, que le viene del Padre; el hombre ve poco, como si no estuviese para ver más, en este instante de su vida; si presiente el camino, le parece largo; entonces, prefiere quedarse con sus cosas, casi vegetando.
Todavía vive de lo que tiene, casi se acostumbra a su propia realidad que suele ser triste.

¿Adónde llega?; no creo que lo sepa presentir.
Sigue en sus días; los acontecimientos lo llevan por el camino cada vez más doloroso, triste, confundiéndolo en

medio de su dolor, de sus culpas; ¿aún, recordaría que yo le iba invitando?; ojalá, se acuerde, y que le sirva para venir.

Ojalá, recuerde que yo le iba invitando.
El hombre postergaba, me rechazaba; quizás, tenga deseo de venir; a pesar de que me iba rechazando, aún, riéndose de aquellos que me respondieron, que venga.
¿Quién se va a reír de él, quién le reprochará?
Miren su vida y adónde llega; fíjense en su dolor.
¡Qué distinta hubiese sido la vida, al haber dado la respuesta que yo esperaba de él!; entonces, que venga.

La vida es misteriosa; recibe muchos golpes que busca; puede llevarse por el camino donde se pierde, hasta que aprendamos en medio del orgullo y de la tozudez.
¿Aprenderá el hombre, algún día? Parece que sí, al darse cuenta de que podría encaminarse hacia el Señor, e intentar responderle.

Que vengan los que no respondieron en su vida ni escucharon a nadie; los que siempre creen tener razón, descreyendo a los demás; los que están solos, perdidos, ciegos y sordos frente a los intentos de la vida.
Que vengan los que no creen en nadie ni ven alguna salida, encerrados tristemente en su realidad.
Yo les espero a todos, siempre.

b. FRENTE A LOS QUE IGNORAN A JESÚS

Me viene bien reflexionar de Jesús frente a aquellos que lo ignoran, desprecian, rechazan y juzgan; ellos aún se van y se olvidan del pasado; no obstante, vuelve el tiempo de un nuevo encuentro, en otras circunstancias, mientras no están tan seguros en sus convicciones; ¿y cómo Jesús los enfrenta? Quisiese vivir su actitud, en mi corazón.

No es uno de ésos que va a recordar el pasado, para herir o aprovecharse del momento, ni busca motivos de orgullo o de vanidad, humillando a los que vienen y esperan su ayuda; ni es que buscase su ventaja a la hora de la debilidad del otro; si hubiese actuado de este modo, no habría podido ayudar a los que lo necesitaban.
Entonces, ¿qué pasa por el corazón de Jesús, cuando la gente vuelve a verlo?

Aquí, está la respuesta de cómo actuar frente a aquellos que nos rechazan, juzgan y calumnian; ellos habían pasado por nuestro corazón; ellos vuelven, algún día, porque tenemos para ofrecerles; así es la vida.
Entonces, quiero preguntar: ¿cómo actuaría Jesús?
Si presiento su actitud, veo que mi corazón es pobre; pero aún puedo creer en Jesús, en su gracia, aún me queda esperar soñando en lo que Él puede hacer de mi vida.

Mientras el corazón se libera de los sentimientos que cansan, confunden y destrozan por dentro, empieza a llegar más aún, a los hermanos; al sentirse libre interiormente, puede ayudar mejor; entonces, los hermanos empiezan a sentir la gracia del Señor, como no lo habían presentido antes; el corazón sano en sus sentimientos despierta milagros de la vida; sabe llegar hondamente, al interior de su hermano.

¡Qué grande es sentir paz en el corazón, al recordar aquel tiempo de dolor y de pena, de rechazo y desprecio!
Pues la paz supera el pasado, a la hora de la comprensión; ya pasa el tiempo de reprocharse y de sufrir por lo que había pasado, todo está por asumirse; y queda agradecer al Señor por esa nueva gracia que nos sigue llegando.

Los que nos miran y ven nuestra actitud, y se sorprenden más

aún; como esperaban otra cosa, nuestra actitud les conmueve en su interior.
¡Qué grande es el Señor quien nos hace llegar a esta clase de expresiones, tan respetuosas y nobles!

Entonces, debe resurgir una actitud del hombre promovido por la gracia, que halla el verdadero camino; por ese camino transita Jesús, cuando mi corazón apenas abre la puerta para que Él pase; y Él me lleva con su paz y su comprensión que superan mi debilidad, las cosas que fueron tristes y, a la vez, reales; agradezco al Señor por su modo de llegar a mi vida, y por quedarse conmigo.

Parece que Jesús tiene un precio, por lo que realiza en mí; su obra es como si Él abriese un camino, es como si Él, desde lo que hace de mi vida, abriese el camino a los hermanos.
Entonces, lo que vivo, Él continúa en ellos; ya no debo ser el obstáculo, al contrario, le entrego mis manos y mi corazón; ¿sería el precio por lo que Jesús hace, o sería la gracia y la felicidad?

9. PREFIERO LA MISERICORDIA AL SACRIFICIO. (Mt 12,1-8)

a. LA VIDA ABIERTA HACIA EL SEÑOR

El sacrificio es la máxima expresión de la vida ante el Señor, es la entrega plena e incondicional; la misma vida que partió del Señor, se expresa abierta hacia Él; entonces, encuentra su dirección, y es como si la semilla en la tierra, se despertase creciendo hacia el sol; y el sol, como atrayéndola.

¿Cuánto tiempo se precisa, para llegar al verdadero sentido de la vida abierta hacia el Señor?; ¿a cuántas luchas se deben pasar?; pues se necesita vencer todo lo necesario hasta lograr el espacio ante el Señor, pero desde la tierra y la realidad que debemos vivir aquí, en el mundo.

Ciertamente, nuestra presencia en el mundo tiene un sentido más allá de nuestros cálculos y proyecciones, aún más allá de nuestra comprensión; lo que pasamos aquí, lleva su valor en los proyectos del Señor, y tiene que ver con la apertura hacia Él; es la apertura de la semilla a la vida, en la profundidad y en la oscuridad de la tierra que parece tan hostil.

Jesús entra en nuestra vida y quiere llevarnos en medio de la oscuridad, hasta que nos reencontremos con la luz del día y respiremos con el aire, para poder recibir el Sol y aún ver el horizonte de la vida, aquí en la tierra; Él quiere enseñarnos un camino preclaro en medio de una realidad que suele ser triste, confusa, hasta que hallemos la plena paz, la seguridad; si las hallamos, ya no es que terminen luchas y tormentas aún necesarias en el crecimiento con Jesús presente en la vida.

La vida abierta hacia el Señor, se va transformando en lo que Él espera de nosotros; lleva por el camino de la entrega cada

vez más profunda del corazón ya encontrado; es la vida que respira con un nuevo crecimiento, aún en un mundo ajeno a los principios del Señor.
De hecho, es el sendero de la felicidad; porque la vida entra en su propio camino, como el agua que encuentra su cauce; y el agua que había estado escondida, hoy comienza a abrirse.

Hay que ver como el agua sigue transformando la tierra; por donde pasa, la vida se abre; ya no es la misma tierra ni es un desierto, sino la vida en abundancia; toda quiere estar abierta hacia el aire y la luz, en la adoración con los brazos hacia el Sol; y el hombre sería quien levanta más, sus brazos, pero no es él solo; toda la vida se abre hacia los cielos.

Los sacrificios y ofrendas que presentamos al Señor, son una expresión inspirada; y el hombre, con su mente y su corazón, desea estar abierto hacia los cielos, y la pureza nace en su espíritu; entonces, el humo de las ofrendas será blanco, y se levantará hasta dónde pueda; el aroma será agradable para el Señor.

Es ese camino de la gracia voy caminando; miro hacia arriba y más lejos aún, en el espacio del Señor; así, deseo disfrutar de la vida que Él me ofrece.
Pero, ¿a cuántas cosas aún debes cambiar, Jesús, en mi vida, hasta que llegue a lo que tú quieres?
Soy consciente de eso, a la vez, sigo esperándote.

b. ¿HASTA DÓNDE QUIERES QUE LLEGUE?

Mi Jesús, quisiese saber más de tu misericordia, y vivirla más plenamente; que mi corazón no ponga barreras, sino que se abra para recibirla.
Siento que tu misericordia es grande; si mi corazón se asusta, es porque presiente a dónde quieres que llegue; es lo que veo

en lo profundo de mi ser.
Entonces, que nada me detenga en ese camino.

Me llevas por el camino para sentir tu misericordia frente a mi vida; no obstante, por un largo tiempo, no supe creer que fueses misericordioso para conmigo; es porque debí esperar más aún, necesitaba tu tiempo, tu presencia y tu luz.
Ya sé que estoy en tu camino, mientras que mis ojos siguen abriéndose; presiento tu gracia en mi vida tan pobre.

Tu misericordia iba ablandando mi corazón, aún, cuando mis penas y culpas tan sólo endurecían mi vida.
¡Cómo me costó aceptar tu bondad y tu compasión!; es que tuve mis motivos, pero tu luz fue más fuerte aún.
Me dabas paz para que yo pudiera mirar al mismo tiempo, mi vida y tu misericordia; hoy, te agradezco por ese paso tan doloroso.

Me sigues llevando en tu camino, ¿hasta dónde?; no lo sé.
Parece que muy lejos; y me queda mucho por recorrer, hasta que tenga claridad.
Aún, quieres que llegue; entonces, ¿qué esperas de mí?

Que mi corazón se abra a los hermanos, con la misericordia que sostendría mi vida; debo ser como el instrumento en tus manos, llevando tu misericordia a los que te esperan, Señor, en estos tiempos.

El hombre difícilmente, cree en la misericordia del Señor, y los tiempos se prestan para otras cosas.
Con más razón, hay que hablar de tu misericordia, para que te crean; pero, ¿cómo podría hacerlo?
Tú, Señor, unges las vidas y luego les haces hablar, porque sin tu gracia, ¿quién les creería?
Al estar convencido de que eres misericordioso frente a mí,

puedo llevar la noticia a mis hermanos.

¡Cómo cambia la vida, al creer en la misericordia del Señor!
¡Y cómo cambia su rostro!
En el rostro renovado está Jesús, aún más presente; Él abre la vida hacia el bien, y la encamina hacia el Padre.
En el mundo donde no había esperanza, Él encamina la vida hacia el Padre.

Deseo cantar tu misericordia, Señor, y aún llevarla por todas partes, mientras el mundo la comprende o la rechaza, frente a aquellos que cuestionan y hasta censuran.
Parece que mi vida es para este canto.

10. LA VIRGEN DEL PUEBLO

La Imagen de la Virgen del Carmen llegó a muchos hogares; hoy, la misma fue llevada alrededor de la plaza del pueblo, muchos vinieron a acompañarle en ese día, el l6 de julio.
¿Sería un signo de lo que vive el pueblo?
Es un pueblo decadente, de un pesimismo bien escondido, a la vez, de las nostalgias.

El pueblo recibe a la Virgen; aún tendría sus intenciones, es que busca instintivamente la salvación, sabe lo que espera de Ella; y si no lo sabe, Ella le abrirá el camino.
El pueblo sigue esperando; pero parece que no tiene noción adónde lo conduce Ella, que está a sus hogares.

La Virgen sigue preparando el camino para Jesús; viene para ayudar antes de que Él venga y se quede, si es que lo reciben.
Espero tanto de la Virgen, y deseo que Jesús haga su obra en medio de mis hermanos.

¿Le responderá el pueblo?
La Virgen estará por el pueblo, de parte de Jesús.
El Señor me hace ver su obra, y se alegra mi corazón.
Mi deseo es que el pueblo vea al Señor, cuanto antes.

La Virgen llegó a los hogares; dejó la paz, la esperanza, aún, la inquietud en los corazones que presienten cada vez más, a la hora del Señor.
Las cosas sembradas tendrán su tiempo; aún brotarán en los corazones que querrán responder al Señor.

Parece que el camino está abierto.
La Virgen habló de Jesús y algunos la escucharon.
No sé cuándo le darán la respuesta; quizás, después de que nazca Él, en sus corazones; quizás lo harán con alegría,

como corresponde a la obra del Señor.

Doy gracias al Señor, por lo que vivo y que tiene que ver con el pueblo. El Señor me hace caminar aquí, por algún tiempo, para sembrar su gracia a cada instante; es la hora del Señor, para que el pueblo viva intensamente su esperanza.

En el día de la Virgen, el 16 de julio, el sol bajaba más alegre; soplaba un viento tibio de este invierno que, por esta semana de la Virgen, se hizo más agradable.
El Señor se hizo tierno para con su pueblo, de las manos de la Virgen; parece que el pueblo sintió que recibía esta gracia.

Prefacio 3
1. Vayan a las ovejas perdidas del Pueblo. 5
a. lleven la Noticia 5
b. ¿qué ambiente tenía Jesús? 7
2. No serán ustedes los que hablarán. 11
a. Él nos ha enviado 11
b. en el Nombre de Jesús 12
3. Lo que yo les digo en la oscuridad, repitan en pleno día. 15
a. sembrando en mi oscuridad 15
b. al abrirse en la profundidad 16
4. Y les ordenó que no llevaran para el camino más que un bastón. 19
a. al enseñar el corazón 19
b. que nazca una nueva actitud 21
5. No crean que he venido a traer la paz sobre la tierra. 25
a. la paz abre la guerra 25
b. al enfrentarnos en paz 27
6. ¡Pobre de ti, Corozaín! 29
a. un justo reclamo 29
b. ¿quiénes son los que buscan a Jesús? 30
7. Te alabo, Padre, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes. 33
¿qué es lo que impide? 33
¿de qué manera impacta? 35
8. Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón. 37
a. que vengan a mí 37
b. frente a los que ignoran a Jesús 38
9. Prefiero la misericordia al sacrificio. 41
a. la vida abierta hacia el Señor 41
b. ¿hasta dónde quieres que llegue? 42
10. La Virgen del Pueblo. 45